

Arequipa, a 14 de Julio de 1971.

Señora Adela Montesinos de Espinoza,

Lima.

Distinguidísima amiga:

Su última carta me ha emocionado hasta las lágrimas. Su bondad es excesiva para un hombre que como yo nunca ha sabido cultivar la amistad debido a mi temperamento misantrópico. Muchas gracias para usted y para los amigos a quienes ha conmovido mi mal estado de salud. Muchas gracias.

Las dos enfermedades que tengo son muy fastidiosas y de curación lenta. Mi úlcera duodenal muy antigua por cierto se va cicatrizando a pausas; sintiéndome ya muy mejor de ella. Pero, mientras no se cure definitivamente, no me pueden operar de la próstata. Tan luego como me ponga en estado propicio viajaré a Lima. Aquí, en Arequipa, mi hermano Ernesto, con sus cuidados fraternales y sus conocimientos, me ha resucitado. Escribiendo esto, vuelvo mi gratitud a gritarles a mis amigos de Lima y a usted en particular, muchas gracias por todos los ofrecimientos que me hacen, tan nobles y generosos, a fin de que mis enfermedades no me aniquilen.

Noble amiga mía, cuando me quejo de mi soledad y del abandono en que me debato, no me refiero en absoluto a un olvido de mi persona intelectual; me refiero exclusivamente al abandono en que me van dejando los grandes intereses de la vida, como son: regocijo de los motivos sensoriales, por el apagamiento inevitable de los sentidos; falta de impulso para las aventuras amorosas, fuente única del deseo de vivir; indiferencia de las gentes de toda clase de personas, sobre todo de las mujeres, porque un viejo ya no es materia de especulación; pérdida despaciosa pero inexorable de los gustos que antes me vinculaban con el mundo físico y con la humanidad y que ahora me van dejando indiferente. En resumen: soledad del espíritu y abandono de los deleites que constituyen la magia engañosa de la vida. Felizmente, frente a este desastre, todavía me acompaña la cabeza, cuya función no la he perdido hasta ahora; porque la muerte del sujeto, es la muerte de su cerebro.

En cuanto a lo intelectual, si las gentes creen que no he realizado una gran obra, deben estar en lo cierto. Eso no me aflige, porque yo no he venido al mundo a ser grande en nada; pero sí -y esto lo afirmo enfáticamente- he cumplido mis deberes humanos con la mayor escrupulosidad y he vivido segundo a segundo para la poesía y el pensamiento, sin pretender recompensas de ninguna clase. Las que me han venido, lo han hecho por su propia voluntad.

Algunos ingenuos me motejan de conservador. ¿Qué puede conservar un hombre del pueblo y paupérrimo por añadidura? Yo nací desde el vientre materno enemigo de todo hábito mental y de toda injusticia humana, producto absoluto de los insaciables apetitos de los plutócratas. ¿Acaso porque no salgo a las calles a gritar las atingencias de mi espíritu subversivo o porque no hago versos de propaganda revolucionaria, soy conservador?

Yo conozco burgueses del cogollo que se dicen revolucionarios por miedo a lo que vendrá o porque eso da postín ante los papanatas. Conozco también escritores marxistas en el paly despotas absolutos hasta con las gentes de su casa.

Nada me da más risa que la democracia cristiana, confundiendo cristianismo con catolicismo, y planteando con ello una antinomia absurda. Un católico nunca puede ser demócrata, porque es catecúmeno de la monarquía, la más certera monarquía que subsiste. En cambio, un buen cristiano puede ser demócrata, cuando vive de acuerdo con las normas morales con que Cristo hizo caer al Imperio Romano; teniendo en cuenta que el cristianismo fue en su tiempo una de las más grandes revoluciones democráticas que registra la historia de la humanidad.

Vuelvo al motivo de esta carta: agradecerle a usted y a los generosos amigos que me ofrecen servirme con su apoyo decisivo en el serio percance de enfermedad en que me encuentro. Cuando vaya a Lima tendré el enorme placer de pagarles tanto bien con los brazos abiertos.

Saludos afectuosísimos para usted y para todos los de su casa.

*Josef Rodulfo*

Perdóneme usted el estado lastimoso de esta carta. Como todavía no puedo valerme mucho de mis propias fuerzas, me atreví a mecanografiarla. Usted, como está de rota y lo desigual de la escritura.

En cuanto a lo intelectual, las gentes creen que no han realizado una gran obra, deben estar en lo cierto. No me sirve, porque yo no he venido al mundo a ser grande en nada; y esto lo afirmo entísticamente - no cumplido más debe ser humano con la mayor escrupulosidad y he vivido segundo a segundo para la poesía y el pensamiento, sin pretender reconstruir de ninguna clase. Las que me han venido, lo han hecho por su propia voluntad.

Algunos me notaban de conservador. ¿Qué puede conservar un hombre del pueblo y paupérrimo por añadidura? Yo me conservo desde el vientre materno en algo de todo hábito mental y de todo hábito humano, producto absoluto de los trascendentes apóstrofes de los pitagóricos. ¿Acaso porque no salgo a las calles a gritar las estigmas de mi espíritu superviviente o porque no hago versos de propaganda revolucionaria, soy conservador?